

**Diálogo Multicultural Universal 2012**

**VIVENCIA DE UN VOLUNTARIO**  
**ESTO ES LO QUE YO VIVÍ**  
**EN EL DIÁLOGO MULTICULTURAL\***

**Elías González Gómez\*\***

\* 29 agosto a 2 septiembre 2012, Museo de Arqueología de Occidente, Guadalajara.

\*\* Estudió filosofía y ciencias sociales, coordinador del equipo de voluntarios de Fundación Carpe Diem  
 Interfó. elahaspeace@hotmail.com

Ahí estaba yo, tratando de validar, de dar certeza a aquello que estaba viviendo. Pero no podía creerlo, el ambiente era cósmicamente festivo, armónico, con un potencial infinito de cambio trascendental de conciencia. Me encontraba, estoy seguro, ante una experiencia cumbre en mi vida, y hasta hoy no alcanzo a digerir todo lo que viví; pasarán años y me seguiré dando cuenta de cómo fui transformado. Es difícil dormir en vísperas del gran nacimiento. Hay quienes han esperado por mucho tiempo la llegada de algo, algo innombrable; en cierto momento de la vida eso que no tiene nombre se te presenta, y entonces tan familiar se vuelve cuando te abre sus brazos y te encuentra, porque es un encuentro. *Lo importante de buscar no es encontrar, sino dejarse encontrar.* Estaba a unas horas de ser encontrado, y eso me quitaba el sueño.

Recuerdo los meses antes del Diálogo, incluso el año antes. Las casualidades son la manera en que el Universo, ese Dios inmanente en el todo cósmico, nos señala un camino con corazón, invitación mágica. Llegará el momento en que dejemos de pensar en las casualidades como algo azaroso para empezar a verlas como regalos divinos, y un regalo siempre es gratuito y a la vez parte de algo así como un plan perfecto. Mi propia experiencia es un ejemplo: Semana Santa del 2011 en Torreón. Llevaba días en silencio. Casa Iñigo me había ayudado a descubrir tantos secretos de la vida y de mí mismo, en los muy recomendables Ejercicios Espirituales. Me tocaba entrevista con el padre Luis, ese gran jesuita de familia ignaciana y sentido del humor raro entre los sacerdotes de su edad pero común entre los soldados de la Compañía. La plática giró alrededor de mis gustos, de mis sueños, de aquello que me apasiona; se mencionó la Tarahumara, el vivir y sentir indígena, la espiritualidad y demás cosas que han sido faros en mi camino. En eso salió el diálogo interreligioso, cómo desde chico mi pasión había sido leer sobre las religiones, las culturas, la historia; como me considero sincrético, a veces pienso que soy muy católico para ser budista, muy *new age* para ser católico y muy budista para ser *new age*; pero hay que preguntarse, ¿en realidad estas tres posturas se separan unas de otras de tal manera que no pueden convivir juntas? Luis me escuchaba con mucha atención, como si lo que le decía le fuera conocido, familiar, parte suya o por lo menos a oídas sabía de qué le hablaba. Me pasó el teléfono de una tal Gabriela, de Guadalajara, que trabaja sobre el diálogo interreligioso. Me puse muy contento y con razón, pues aunque en ese entonces no alcancé a ver el cambio que esa futura llamada representaría en mi vida, sí sentí consuelo del Buen Espíritu al recibir esos datos que me llevarían a este momento en el que trato de expresar, siquiera un poco y muy superficialmente, lo que viví.

Regresé a casa y de lo primero que hice fue ponerme en contacto con Gaby. Hicimos una cita y nos vimos un día por la tarde en el Centro Cultural Compostela, José María Vigil 1336. Ya no

volvería a olvidar esa dirección. Platicamos mucho rato, le conté mis ganas e intereses por el diálogo interreligioso y ella me habló de cómo Carpe Diem Interfé, nombre de la organización a la que pertenecía, trabajaba para crear un mundo en el que todos cupiéramos. Encontré algo que me llenó de alegría, me sorprendió, y al momento comprendí que tenía todo el sentido del mundo: en lo que se puede llamar el comedor o sala de Compostela hay una mesa redonda pero no es una coincidencia, ilógico sería hablar de una mesa rectangular en un diálogo entre iguales. También hay un piano y muchos cuadros que nos hablan de Jesús, de nuestros indígenas, del despertar de conciencia y otros temas relacionados. Para mí, participar en la organización del Diálogo Multicultural Universal Crisol humano 2012 no fue coincidencia, sino fruto de un camino, de una serie de acontecimientos en mi vida que me llevaron a este momento, a esta experiencia cumbre que cambiaría mi modo de estar en el mundo, de igual manera que el Dialogo no fue solamente esos cinco mágicos y maravillosos días, sino que comenzó desde que emprendí este camino.

Antes, en un taller de Experiencias dionisiacas, me había dado cuenta de muchas cosas; fue una transformación casi total de mis creencias, de mi modo de vivir el mundo, y fue el primer gran paso para emprender más en forma y en serio el camino que ahora recorro. Fue entonces cuando pude dejar atrás muchos condicionamientos que no me dejaban volar, pero esto sólo lo pude hacer después de una gran obscuridad; al salir de las “dionisiacas” caí en uno de los estados de depresión más fuertes de mi vida, fruto del darme cuenta de que no era libre, de que no era más que un ser condicionado por mi educación y valores impuestos desde afuera. Como dice Kierkegaard, vi el abismo, y no me quedó de otra más que dar el salto de fe, un salto ciego al vacío absurdo de la creencia... y creí. Fue la decisión de mi vida, me solté a la corriente amorosa del Universo en lugar de querer ir en contra. Desde entonces, maravillosas cosas han pasado. Regresé a Compostela, esta vez a tomar el curso de Meditación pragmática con Manuel. El curso duró casi dos semestres, y continuó el trabajo de desestructuración que había comenzado en las experiencias dionisiacas. Implicó mucho esfuerzo y disciplina pero, como todo lo grandioso en este mundo, valió la pena. Decidí participar en la organización del Diálogo Multicultural. Mi corazón saltaba de alegría. “Ponte en contacto con Inés”, me dijo Gaby. Inés era ya conocida, hace años competimos juntos y pasamos muchos momentos juntos en Chapala, y como si esto fuera poco, Inés es mi tía aunque tiene mi misma edad. Me puse en contacto con ella. Lo que más me interesó fue realizar las entrevistas a las diferentes comunidades espirituales y religiosas de Guadalajara. Mi corazón saltó de alegría con más fuerza.

Durante cuatro meses estuve entrevistando a un gran número de personas maravillosas, conocí a gente nueva llena de sabiduría, que me compartió lo más sagrado, su tradición: budistas, fe bahái, chamanes, hindús, hare krishna, católicos, judíos, protestantes, de todo. Esperaba con ansias los días en que me podían recibir y mi corazón no podía creer que en realidad estuviera viviendo esto. Poco a poco me iba transformando, era un cambio interior que sutilmente se estaba dando en mí, y no me di cuenta hasta que en una de las entrevistas una persona me preguntó “¿y qué has aprendido de todas las entrevistas que has hecho?” Me detuve un momento ante su pregunta, la razón daba vueltas y buscaba en los archivos una respuesta lógica para contestarle, tal vez una poética oración o una profunda frase. Quedé en silencio unos instantes, mis ojos repasaron la sala de meditación donde me encontraba; vi imágenes de Jesús, bastones de mando, plumas, colores, caracoles y otros objetos sagrados. “Estoy trascendiendo la forma y estoy encontrando el fondo”, le respondí. Ana Tere me sonrió, en el fondo de mi corazón supe que esa era la respuesta correcta, no porque hubiera una incorrecta, sino porque en verdad eso era lo que pasaba en mi interior.

La universidad tomó un segundo lugar, todas mis energías estaban vertidas en estas entrevistas y su respectivo aprendizaje. Un gran maestro me dijo una vez “estudia Elías, estudia siempre de las muchas maneras que hay de estudiar”, y sin duda estudié como nunca en esta experiencia. Los días se acercaban, poco a poco el calendario daba paso a la fecha tan esperada. Vestidos con las sagradas vestiduras moradas del evento, salimos juntos todos los voluntarios al servicio del diálogo y la paz a gritar el nombre de la fiesta espiritual que se llevaría a cabo en nuestra ciudad. Las calles, la radio, la tele, los periódicos y las redes sociales fueron testigos de nuestro arduo trabajo para hacer llegar la invitación a toda la gente posible, todos estábamos interesados, pues creo que esto es algo que nos incumbe a todos. Forjé amistades nuevas pero también fortalecí viejos lazos. Invité a muchos de mis hermanos y hermanas que han recorrido camino conmigo, y muchos, guerreros de luz, acudieron al llamado y fuimos testigos de su entrega y dedicación antes y durante el evento. La empresa de promoción que realizamos fue intensa: fines de semana tras fin de semana, sábado y domingo, noche y día vestidos de morado gritando el nombre del evento. Hablé del evento enfrente de todo el departamento de Filosofía, justo después de que me entrevistaran –junto con Jorge y Eneyda– en el *Cruce*, del ITESO; lo presenté ante la sociedad de alumnos de la universidad en una sala que sólo pisan los alumnos más destacados; también creamos paquetes más atractivos para el público en general. Algo se vislumbraba en el horizonte. Es difícil dormir en vísperas del gran nacimiento. Pero aunque dormí poco, ya estaba listo, fueron meses de preparación, incluso años de caminar para llegar a este momento. Y ahí estamos, miércoles 29 de agosto del 2012, Guadalajara, Jalisco, México.

Era la segunda ocasión que visitaba el museo. Días antes había ido a conocerlo y sentí una muy extraña energía. Horas antes de que comenzara todo, el Museo de Arqueología de Occidente necesitaba limpiarse. Lo sentía como un árbol viejo que ha visto mucho, pero mucho odio y violencia; era una pesadez, un ambiente gris tremendo. De pronto, cuando llegué vi a Manuel, mi maestro de meditación pragmática, junto con un *marakame* y otras personas en fila, haciendo una limpia energética al vetusto y oscuro lugar. Me uní a ellos. Si la energía que había sentido era oscura y vieja, cuando abrí canales para hacer la limpia me encontré con un sinfín de sentimientos: el lugar había sido seminario y después zona militar. Sólo Dios sabe las cosas que pasaron en ese espacio pero la energía era bastante clara. Era un México en miniatura, sus heridas y sufrimientos estaban reunidos ahí, y eso lo sentí aún más cuando entramos en fila a la biblioteca y vi una enciclopedia de historia de México. Era sofocante, no podía respirar, sólo la fuerza de todos juntos podía limpiar y curar algo así. Terminamos la limpia, dejé mis cosas pues no había tenido siquiera tiempo para acomodarme, y me puse a trabajar. Comenzamos con sólo unos pocos minutos de retraso en la hora señalada. El tambor sonó intensamente, su latido vibraba por las paredes del viejo museo, el corazón de cada uno comenzó a latir y el sentimiento de que esto era algo grande comenzó a generalizarse.

Danzantes venidos de tiempos inmemoriales purificando el estrado con movimientos ancestrales y divinos, con significados perdidos y recuperados generaciones atrás. Sus plumas revoloteaban por el espacio, cientos de personas se habían reunido ante la convocatoria de cambio de conciencia –menos de los que se quisiera pero más de los que yo esperaba–, eran el número exacto. El sonido del tambor dio paso a la entrada del presidium; personalidades gubernamentales, del Parlamento de las religiones, con sede en Chicago, y miembros de *Carpe Diem* subieron uno por uno a ocupar sus lugares. Tomó la palabra una de nuestras indígenas de origen purépecha, de sangre y voz universal. Dio permiso, expresó su emoción y gratitud, de su parte y de parte de los indígenas de esta tierra... dio permiso y se soltó el diluvio. El toldo no

servió de nada; enormes pedazos de granizo se abrían paso a través del plástico y el agua fluía libremente por todos lados; las personas corrían y gritaban, los voluntarios vivíamos una combinación de frustración y de reacción inmediata por controlar a la gente y salvar el equipo electrónico; yo simplemente abracé a una amiga y reí, reí de felicidad: esto no era “mala suerte” ni motivo de frustración, era la purificación necesaria. No fue suficiente con la limpia que habíamos hecho, Tláloc mismo tuvo que intervenir para limpiar el recinto. Era un espectáculo hermoso, una muestra de humildad ante la faramalla y superficialidad en las que habíamos caído. El mensaje era que este evento tenía que ser sencillo, sin tantas luces, sin tantas exterioridades. El evento se inauguró en una sala contigua mientras un coro de infantiles voces angelicales cantaba “en son de paz”<sup>1</sup> a todo pulmón, sin micrófono y sin música de fondo pero con un altavoz natural y la hermosa sinfonía de la lluvia y el granizo. La lluvia cesó, no duró mucho, sólo lo suficiente. No había llovido en toda la semana pero el impacto que tuvieron las palabras de nuestra hermana purépecha y las danzas aztecas hicieron que las nubes quisieran entrar en la fiesta, y entraron con todo. Las dejamos cantar y bailar, contra *Pachamama* nadie puede, nos volvió a enseñar humildad y, en cuanto cesó, los de camisa morada corrimos a secar silla por silla. Por fin continuó la inauguración en el patio principal: cantaron los niños, cantaron los jóvenes y al terminar, comenzamos a quitar las sillas para dejar libre el patio principal. Los danzantes de *Xipe Totec*, con los que ya he tenido el honor de danzar, hicieron todos juntos la más hermosa oración: la danza de Quetzalcóatl. Muchas personas habían abandonado el museo por la lluvia, pero aun así la danza fue multitudinaria y tomados de la mano gritábamos “¡eiaeia a aa!, ¡eiaeia a aa!”. La energía y el éxtasis corrían por cada uno de los participantes, nos convertimos en una sola serpiente emplumada danzando y volando por la Tierra, purificando el recinto y el lugar donde en verdad se llevaría a cabo el evento y la transformación, el corazón de todos. Así concluiría, por así decirlo, el día uno. Pero para nosotros los voluntarios, todo seguía; me fui a dormir a Compostela con el ya conocido Robert –que duerme escasas dos o tres horas al día pero que tiene más energía que el mismo Sol–, y con el Micky, un nuevo amigo y compañero en esta aventura. La limpia, el gritar y la lluvia hicieron mella en mí y la garganta comenzó a molestarme. Durante todo el evento la garganta estaría matándome, me ardía intensamente y mocos, flemas y tos no me la hacían más fácil, pero eso no cambiaba nada, en todo caso intensificaba la experiencia.

El día dos lanzaba sus primeros rayos de luz. Un taxi nos llevaría al museo, en donde comenzaría mi verdadero trabajo. Después de haber realizado las entrevistas previas al evento, yo fui el encargado del área ritualística y estuve trabajando duramente con Martha, una gran maestra y amiga que se partió la espalda junto conmigo; era mi jefa de área pero a final de cuentas su actitud era tan sencilla y servicial como la de cualquier voluntario. También estuvo a mi lado Julia, que me apoyó y estuvo ahí. Tenía tres rituales ese jueves en la mañana: Nacho, de Yoga Devanand, haría una meditación activa, PremGarima haría una meditación estilo Osho y Evelia Padilla, junto con la maestra Susana, harían un ritual con unos cráneos de cinco mil años, recientemente encontrados en tierra mexicana. El horario no era el más favorable, con toda la pena del mundo tuvimos que cancelar la meditación de PremGarima, quien me sorprendió con su nivel de bondad y entendimiento ante la situación, y en lugar de enfadarse y restregarme en cara mis errores e incapacidades, me abrazó y comprendió por lo que estaba pasando... Una muestra entre muchas, de la bondad y grado de conciencia que se viviría en este evento. A las once de la mañana salí con Pedro Pablo, abuelo de la cultura Maya, a la plaza enfrente del museo donde los jóvenes de la Prepa número Uno del estado juegan y descansan. Tomé la decisión de hacer ahí el

---

<sup>1</sup>Canción de nuestro querido cantautor Paco Padilla. [Nota de *Carpe Diem Interfè*].

ritual de Pedro Pablo por la simple razón de acercar un poco más este regalo a la calle. Fue un éxito, muchos salieron del museo para estar en el ritual y también muchos jóvenes participaron; mi corazón se tranquilizó, pues estaba un poco nervioso de que no funcionara. Con este hermoso abuelo Maya platicué mucho, me sentí querido por él, reconoció mi trabajo y yo el suyo; le platicué mis planes de ir a Latinoamérica y me recomendó lugares y culturas por conocer. Cada vez que escuchaba a estas personas cuya vida es un verdadero ejemplo –el que pensé sólo existía en libros o lo veía muy lejano–, me daba cuenta poco a poco de la naturaleza y magnitud de lo que estaba viviendo. Era el segundo día y ya estaba a punto de agotar mis energías. Durante todos los días llegué como a las siete de la mañana y me quedaba hasta las nueve de la noche, eran catorce horas al día de intenso trabajo. Sólo me tocaba actuar en ciertos horarios y en un área de la organización pero estaba tan enamorado del evento y de lo que estaba viviendo, que colaboré en todo: moví sillas, conecté equipo, atendí conferencistas, acomodé puestos de libros, comida y de todo. Eso hicimos todos los voluntarios, hacíamos de todo, las áreas se disolvieron para formar todos juntos un solo cuerpo coordinado. Nuestros rostros reflejaban cansancio pero, también, alegría y gusto por lo que hacíamos; tratamos a los conferencistas y a las personas con calidez y cariño como si todos fuéramos una familia. El evento lo sacamos los voluntarios, y no me refiero sólo a los jóvenes sino también a Jorge, Gaby, Lety, Abelardo, Martha Aidé, Magali, Guadalupe, Monique, Carlos y a todos los jóvenes de corazón que se involucraron de lleno en la preparación y realización de esta fiesta. Todos fuimos voluntarios, porque para ninguno fue un trabajo forzado, ni siquiera fuente de lucro para nadie, todo lo que hicimos fue de corazón, gratuito y regalado para y con el Mundo. A este respecto, Mrs. Hart, de Los Angeles, me dijo:

*I try to go to all interfaith events. I feel the need to put my efforts into ending religiously motivated violence. I came here not only to share our successes, but to learn from others so I can bring it back and better our work. This particular conference I feel was very special and groundbreaking. I felt elevated at this event, something I didn't expect. Most interfaith events are pretty much 'preaching to the choir. We listen to poetic ways to express the need to get out there and do something, but we rarely hear how to do it, about the tools for doing it. But never in my life have I witnessed such a beautiful spirit of volunteerism as I have seen here, inside this cultural center, so pure and so consistent, so welcoming and warm and comforting. Seeing these young people gave me regained hope in humanity. I didn't get this from the speakers, because I have heard it all before, year after year, but I got it from the actions of the volunteers. To me, that was glaring: it's not our words; it's our actions. This is something I hope to take back with me over the border.<sup>2</sup>*

No puedo decirlo mejor, me quedo con sus palabras.

Tuve otros dos rituales el jueves en la tarde, uno con Elizabeth Torres y otro con Verónica Sacta. Esta última, esposa de un gran maestro cuya conferencia fue la única que me tocó escuchar completa: Alberto Ruz Buenfil “Coyote”. Despertó en mí un sueño, unas ganas de cambio y de

---

<sup>2</sup>Trato de asistir a todos los eventos Interfé. Siento la necesidad de poner todos mis esfuerzos para poner fin a la violencia motivada por la religión. Vine aquí no sólo para compartir nuestros éxitos sino para aprender de otros algo que me pueda llevar para mejorar nuestro trabajo. Siento que este Congreso ha sido muy especial e innovador. Me sentí elevada en este evento, cosa que yo no esperaba. La mayoría de los eventos Interfé se limitan ‘a predicarle al coro’ [algo así como evangelizar a los ya evangelizados]. Escuchamos sentimientos poéticos acerca de la importancia de salir y hacer algo; pero rara vez oímos cómo ni con qué medios hacerlo. Nunca en mi vida sino hasta aquí, en este Centro cultural, había palpado el hermoso espíritu de los voluntarios, tan puro y consistente, tan acogedor, cálido y reconfortante. Al ver a estos jóvenes recuperé la esperanza en la humanidad. Esto no lo recibí de los conferencistas, pues ya los he oído antes; lo recibí de las acciones de los voluntarios. Para mí ha sido deslumbrante: no se trata de nuestras palabras, sino de nuestros actos. Espero llevarme eso del otro lado de la frontera”. [Tradujo la redacción de *Xipe Totek*].

aventura cada vez que contaba sus anécdotas sobre sus viajes y sus eco-aldeas; me enamoré del proyecto y sentí mucho consuelo al verme a mí mismo participando. Sus ojos me transmitieron paz y armonía, experiencia y sabiduría. Me llamó *neohippie*, lo cual considero como un honor tomando en cuenta lo *hippie* que él fue/es. Desde el primer día estuve trabajando hombro con hombro con Chuy, el encargado de la parte artística en el evento. Llegué a respetarlo y admirarlo en grande; en mi opinión, él representó la máxima del voluntariado y fue un honor estar a su lado; nos volvimos locos con los horarios, se nos juntó mucho trabajo y con Robert, Ana Pau, Mariana, Potter, Inés, Moch, Sarah, Fabián, Ruelas y otros tantos, nos quedamos de sol a sol en el museo, dándolo todo de nosotros mismos. La segunda noche la pasé en mi casa; aproveché que mis padres iban al taller del padre Cabarrús –éxito en el evento–, y me fui a dormir a mi cama, nada como dormir en la cama propia. La gripa seguía molestándome pero la verdad es lo que menos recuerdo y lo que menos me importaba.

El viernes tenía otros tantos rituales: en la mañana estuvo un Geshe que venía con Mario, representante del budismo Mahayana, un maestro que se convertiría en un gran amigo. Meditamos durante unos minutos; el Geshe nos puso a Potter y a mí como ejemplo de postura, permanecemos un rato considerable y se nos durmieron las piernas. El ritual fue un éxito, fue mucha gente y gustó. En ese momento recordé mi amor por el budismo, todo lo que me había dejado, y volví a sentir el gozo del vacío, de *Rigpa*. Pocas fueron las pláticas y ponencias a las que pude asistir en realidad; además de la del Coyote, estuve un momento en un panel con Jorge, con el rabino Joshua, con un ministro de la Iglesia anglicana, con un sacerdote representante de la diócesis católica y con Ernesto, experto en música. Jorge nos sorprendió a todos con su metáfora del equipo de fútbol soccer, en el cual cada uno de los jugadores representaba una tradición diferente: el católico era el portero, el budista el medio campista, el delantero era fe bahái y así con todos. Jorge nos planteó la siguiente pregunta: “si el judío le pasa mal el balón al fe bahái, para que éste falle, ¿quién pierde el partido?” La respuesta nos impresionó a todos “el equipo completo”, contestó alguien del público. Respuesta correcta. A final de cuentas, no importa cuál es nuestra tradición, el hecho es que todos jugamos en el mismo equipo, compitiendo en este mundo para transformarlo en un lugar más bondadoso, compasivo, donde reine el amor y la paz, esa es la meta en común, ese es el gol que queremos anotar y para ello tenemos que hacerlo en equipo sabiendo que sólo así se puede lograr; si falla uno fallamos todos, y si anota uno anotaremos todos. También estuve por momentos en conferencias con el Geshe, con chamanes, con científicos y filósofos como Fernando Malkum y Fraijó. La teoría se olvida, y no puedo decir que lo que aprendí en este evento fue teórico ni que ahora conozco muchos libros o pensamientos diferentes, la verdadera enseñanza y sabiduría es interior, se vive y se actúa y, como lo dice Mrs. Hart, eso experimentamos los voluntarios: un cambio gradual, interior y estructural. A las once tuve el ritual con el profesor Akamazihuatl, abuelo náhuatl que nos guió en un viaje hacia nuestros ancestros ya olvidados por muchos de nosotros. También, junto con Chuy, hicimos un ritual con Manuel de Inkarrí mientras todos disfrutaban de sus alimentos. Llamamos a la atención de todos, nos paramos y nos tomamos juntos de las manos, unas cien personas que dejaron de comer para hacer una cadena de amor que duró escasos minutos, pero que nos llenaría a todos de hermosos sentimientos.

Y en la tarde, Jagannatha, que se había convertido en mi amigo y a quien ya he acompañado en un par de cantos Hare Krishna, nos armonizó a todos en la conciencia de Dios, nos unió y creo que fue un ritual hermoso para todos los que participamos. Al final cada quien podía llevarse una fruta de las usadas en el ritual, Jagannatha me ofreció la piña, la fruta más grande, diciendo “es para tu familia”. Durante todos los días del evento vivimos infinidad de experiencias una tras

otra: danzas, rituales, pláticas con conferencistas y entre los mismos voluntarios. De repente me daba vueltas a la sala de prensa, donde tenían los mejores sillones y descansaba un rato platicando con Sarah o Moch, mi hermana y compañera de camino ya desde hace muchos años, gran maestra y amiga. Me dio mucho gusto que mi familia completa participara en el evento, ya sea en el taller de Cabarrús o como mi hermana, que fue voluntaria por unas horas. Compartir lo que uno más ama no tiene precio, de eso se trata la vida, de eso viene la vitalidad. El mismo viernes me encontré con una amiga, Ana Tere, de Casa Lahak, con la cual ya había participado en un retiro después de que nos hicimos amigos en la entrevista que le hice. Había regresado de Europa y tenía muchas ganas de participar, así que Chuy y yo buscamos un espacio y quedó para el sábado en la tarde. El viernes también llegó Sebastián, sacerdote quechua que viene desde Cusco, Perú. Forjé una hermosa amistad con él y con su compañera, comadre y traductora. Tal vez sea por mi amor a Latinoamérica o el que próximamente vaya a realizar un viaje espiritual a sus tierras, pero la conexión y relación que entablé con ellos fue profunda y bella. Durante su conferencia, Sebastián necesitaba a alguien que le cuidara su puesto donde vendía morrales, gorros y pulseras. Me ofrecí a ayudarlo, tenía una hora libre y me nació del corazón ofrecerme. En agradecimiento, su traductora me regaló una pulsera, es hermosa y todavía hoy la llevo conmigo para recordarme lo vivido.

Todas las noches eran intensas, había eventos artísticos como rondallas, bailes y cantos. Era la hora del día –además de las ocho de la mañana– en que estaba más solo el evento, así que los voluntarios pudimos vivir al máximo todos estos conciertos y bailes. Eran momentos de catarsis, de soltar el cuerpo y divertirnos libremente después de arduas horas de trabajo. Tuve una hermosa plática con Moch y una experiencia sanadora con Sarah, y es porque se viven semejantes experiencias que los voluntarios nos convertimos en familia.

Llegó el sábado. A las ocho de la mañana Sebastián tenía su ritual, empezamos con un poco de retraso pero al final todo salió de maravilla. Todos los presentes sintieron la fuerza de sus palabras en quechua, y la energía que nos transmitió fue de un profundo respeto y sabiduría ancestrales. En cuanto terminó, corrí al segundo piso –el museo tiene tres, y los voluntarios los subíamos y bajábamos como quince veces o más al día. Comenzaron las mesas de diálogo. El jueves se habían cancelado pero esta vez, aunque fuera sólo una, se haría. Por fortuna logramos juntar tres mesas con unas treinta personas en total. Eran representantes de fe Bahá'í, del grupo Mandála, también estaba Carlos y muchos voluntarios como Paty, Cristian, Víctor, Romina, Fabián y Caro. El tema a tratar era “¿espiritualidad con o sin religión?” Las opiniones eran diversas, iban desde un claro rechazo a cualquier religión organizada hasta una fusión entre espiritualidad y religión; se habló de cómo la espiritualidad es una dimensión humana fundamental e independiente de la religión, pero la religión nos ayuda a exteriorizar y vivir esa espiritualidad en comunidad. Claro que el tema dio muchas vueltas, se plantearon ideas de Dios, de sociedad, de moralidad y ética, de todo un poco. Fue una experiencia llena de conocimientos nuevos y de diálogo, que es lo más importante. Todo se atrasó un poco, los nervios estaban en cada uno de los voluntarios y organizadores. Yo tuve que “pegar” tres rituales: a las dos de la tarde, fe Bahá'í guió una oración que me dio paz para continuar trabajando; a la dos y media Rafa, de Casa Tibet, se encerró en el salón 3 y guió una meditación a la cual no pude asistir, pero los que fueron la catalogaron de “magnífica”. Y a las tres de la tarde viví algo totalmente nuevo: un ritual celta por parte de Sofo. Ese ritual me dejó mucho, nunca había tenido un acercamiento a esa tradición; me recordó mi infancia, como si algo de mí proviniese de esa magia celta. En general, todo el evento estuvo atrasado quince minutos, pero en un evento de esta magnitud no es nada, sin embargo sí estábamos un poco apurados. Ana Tere, de Casa Lahak, entró con sus

tambores, empezamos tarde y tuvimos que cortar antes, pero todo salió bien, Naupari se subió al estrado para su conferencia y todos respiramos. Lo que siguió fue el culmen del evento, en el quecaí en la cuenta de lo que estaba viviendo, donde las lágrimas se derramaron, dónde se jugaron años y años de trabajo.

Era el sábado en la noche todo el museo de detuvo y la atención de todos los participantes, conferencistas y voluntarios estaba en el patio central. Era la ceremonia de bendiciones. José Antonio, gran maestro que recién conocí en el evento, y yo, nos encargamos del *backstage* de la ceremonia. Los conferencistas y representantes de las tradiciones y culturas fueron subiendo al estrado: Sebastián, Ana Tere, Mario, Guadalupe, Susana, Evelia, Jorge, representantes de la Iglesia Ecuménica, la anglicana, Pedro Pablo, Andras, Lauro (chamán peruano), musulmanes, judíos y representantes del Parlamento de las religiones del mundo, uno por uno, en su propia lengua espiritual, nos dio su bendición. Tambores sonaban, agua bendita nos bañaba, el viento y las campanas de los peruanos nos movían, el canto de los chamanes y celtas nos envolvían, y las sabias y poéticas palabras nos conmovían. Fue en ese momento en que Jorge nos dijo “Y que sus rostros sean siempre bellos y alegres”. Y así fue y así será porque la energía que nos llegó en cada una de esas bendiciones será fuente de combustible para toda la vida; cada vez que sienta que no pueda, que la lucha por la justicia, por la fe, por la paz y el amor se vean obstruidos e imposibilitados por la corrupción y sufrimiento de este mundo; cada vez que las fuerzas me falten o me fallen, ahí estará ese recuerdo que aquella noche en la que unos pocos nos reunimos en representación de muchos, dimos todo de nosotros por un deseo en común, el deseo de vivir juntos, el deseo del amor. Cuando llegó el momento, Carlos tomó la palabra. No recuerdo sus frases pues yo estaba sosteniendo un cuadro con la regla de oro “trata los demás como a ti mismo”. La levantaba alto y orgullosamente para que todos la vieran mientras escuchábamos a Carlos, el director de Carpe Diem y padre de todos nosotros. El aplauso fue largo, el más largo que he escuchado en mi vida; las manos y brazos no se cansaban, tomábamos la energía del ambiente y todos de pie, con el sentimiento en la garganta a punto de hacernos explotar a todos en llanto, aplaudimos sin un final cierto pues hasta hoy en día alcanzo a escuchar el chocar de manos de todas aquellas personas, soñadoras pero realistas, místicas pero activistas, tranquilas pero comprometidas... Éramos un solo sonido, una sola canción, melodía mítica, de cuento, de leyenda. Una leyenda vivimos, una leyenda cuyo viento seguirá soplando y nos impulsará individualmente a todos los presentes en cada una de nuestras luchas por la paz, y nos impulsará como comunidad para, dentro de dos años, realizar de nuevo esta fiesta. La fecha está dada, la invitación enviada, los participantes vestidos de gala. Fue algo que nos sacó de órbita a todos, se dio un salto cuántico, una experiencia cumbre, un abrir de ojos, un despertar de conciencia. Yo no tuve más remedio que sentirlo internamente en medio del trabajo y la prisa en la que andaba. Fue lo más hermoso.

Regresé a casa. El cuerpo ya no podía más, el cansancio y el dolor de garganta eran tales que mi cuerpo comenzó a sentir escalofríos, pensé que no podría levantarme el día siguiente, el último día del evento. No podía permitirlo, así fuera que acabara en el hospital el lunes, ese domingo lo viviría al máximo, y me hice un menurje especial y me metí a la cama. Amanecí mejor, mucho mejor. Era el último estirón. A las nueve de la mañana tenía una ceremonia, la de las quinientas candelas con Casa Tibet. La planeábamos hacer en la plaza de afuera del museo pero el viento no nos lo permitió. Nos cambiamos a la cancha de frontón y fue la mejor decisión que pudimos haber tomado. Encendimos más de quinientas velas pequeñas; el calor era intenso pero agradable, un calor de vientre materno. Cada vez que se prendía una candela se pedía por algo o por alguien, y de tres en tres hacíamos guardias recitando mantras. Gustó mucho, y en pequeños grupos la



gente iba a encender su velita y a recitar unos momentos su mantra. Al mismo tiempo –porque así fue todo el evento– había un canto Hare Krishna. Teníamos que vivir en todo momento la angustia kierkegaardiana ante la infinitud de posibilidades de conferencias, eventos artísticos y rituales que había al mismo tiempo. Una maestra mía lo llama el efecto *Starbucks*, entre tantas opciones uno se jala los pelos. Tuve la oportunidad de vivir las dos, fue hermoso. Terminé formalmente con lo que me tocaba, cada uno de los rituales y mesas de diálogo salieron de maravilla; fueron momentos en donde se pudo experimentar –más allá del simple hablar– la esencia de las tradiciones. Canté hare krishna, medité en Buda, dancé como mis ancestros indígenas, tomé de las jícaras sagradas de los mayas, saludé a los cuatro rumbos como los náhuatl, oré con los fe Bahá’i, recité mantras, abracé a *Pachamama* en lengua quechua, uní mis manos en cadena de amor, hice meditación activa y me conecté con los dioses del norte celta. Y en el fondo, en todos y cada uno de los rituales experimenté lo mismo, paz y un sentimiento de trascendencia y unión con el Todo. Un diálogo mudo se dio en el área ritualística, pues aquellos que pudieron experimentar junto conmigo estas sagradas ceremonias se dieron cuenta de que la forma es diferente, pero se ama a lo mismo. Aquella respuesta que le di a Ana Tere meses antes del evento, mi sentir internamente que estaba trascendiendo la forma, cobró vida por sí misma y ahora me doy cuenta, ahora en verdad entiendo. Había terminado, en teoría, pero era tal el amor que no me iría hasta acabar. Chuy se había quedado casi solo, ya éramos pocos voluntarios, prácticamente él, yo y el equipo de fotografía, el cual trabajó de sol a sol todos los días y merecen el aplauso de todos. Juntos sacamos adelante el último día del evento que desde el medio día fue puro evento artístico. Ya había poca gente, pero los que nos quedamos, nos quedamos con todo. Como dijo una cantante en el evento “somos pocos pelos, pero bien peinados”. No había comido, la comida material me faltó en esos días pero la comida espiritual da todavía más energía y nutrientes. Antes de ir a comer, vi que Sebastián estaba guardando sus cosas. Me acerqué, lo abracé y le pedí su bendición. Él sacó su campana, juntó mis manos dentro de las suyas y sopló sobre ellas. Me bendijo. Sentí su energía, su amor y su agradecimiento para conmigo y para con el evento en sí, pero yo estaba infinitamente agradecido y mi corazón estaba comenzando a sentir la nostalgia del final. En palabras del Che Guevara “Las partidas están divididas por dos sentimientos, por un lado una profunda melancolía por los momentos vividos y los amigos encontrados, y por otra parte una inmensa alegría por los momentos que vendrán.” Extraño a ese hombre, a Sebastián, a ese sabio quechua... Al final me regaló otra pulsera; a diestra y a siniestra llevo con orgullo sus regalos para que me den fuerza y me sigan recordando mi camino y para, sobre todo, recordarme que debo caminarlo con corazón. Cerramos el evento con un nudo en la garganta, e igual que como lo iniciamos, lo cerramos con una danza de nuestros ancestros. No podía creer que había acabado, o lo que no podía creer era que había comenzado. La traductora de Sebastián me felicitó y agradeció por todo, ese agradecimiento era para todos los voluntarios; también tuve una plática muy bonita con Mario, de la tradición Mahayana. El evento acababa, ¿o apenas comenzaba? Cerramos danzando, felices, realizados, con una sensación de cambio profundo en nuestros corazones. Llegué a mi casa, no era tan tarde. Me dormí temprano.

Unos días han pasado, apenas estoy a una semana del cierre del evento más trascendente en mi vida. El cansancio sigue presente pues tuve que regresar inmediatamente al mundo real, a lo cotidiano en donde hemos escondido la magia, magia tan latente y palpable en todo el evento. El museo terminó más limpio que nunca, cada ritual, cada tambor, cada caracol, cada pisada del danzante, cada *om* del meditador fueron purificando el antes tan sucio y triste espacio. Al final, aquel domingo, después de que Jorge me abrazara y me felicitara, no pude más que dejarme caer al suelo del museo en forma de reverencia y agradecer interna e intensamente por todo lo vivido, que todavía hoy –después de esta reflexión que he hecho, sigo sin entender completamente lo que

viví. ¿Por qué me tocó vivir esto? ¿Qué significa para el mundo y para mi camino? ¿Qué sigue después de esto, seguiré siendo el mismo, qué me espera y qué se espera de mí? No podemos vivir algo así y seguir viviendo igual; todos los que participamos, de cualquier manera, en esta trascendental experiencia tenemos un compromiso, como lo dijo Carlos en la ceremonia de bendiciones y le trajo tantos aplausos. Esto representa un ser testigos de esta fuente de agua viva que fue el Diálogo Multicultural 2012; como Jesús envió a sus discípulos a los caminos a predicar con el ejemplo la Buena Nueva, así fuimos enviados nosotros, pues es una gracia, lo que vivimos es una gracia y don de Dios, de la Vida, del Amor. No podemos seguir igual, no puede pasarnos de noche esta experiencia, no puede quedar como algo interesante que hice una vez en mi vida, tiene que ser un compromiso social, el camino del caracol es para dentro y para afuera, así camina el espiral. Tenemos que caminar por las calles cantando el santo nombre del amor, ser amantes, novios, amigos, hijos, padres, compañeros y ciudadanos testigos de este diálogo. Entre tanta diversidad, ser testigos de que las diferencias no implican violencia, de nosotros depende convertirlas en medio de unión y comunicación. Gracias a la Vida, “único camino universal”, pues estoy seguro que nunca voy a acabar de agradecerle por el Diálogo Multicultural Universal Crisol Humano Guadalajara 2012. Gracias, y nos vemos en el 2014.

Universal Multicultural Dialogue 2012

A VOLUNTEER'S EXPERIENCE

THIS IS WHAT I EXPERIENCED

AT THE MULTICULTURAL DIALOGUE\*

**Elías González Gómez\*\***

\* August 29 to September 2, 2012, Archeology Museum of Western Mexico, Guadalajara.

\*\* Philosophy student, Volunteer at the Dialogue, elahaspeace@hotmail.com

There I was, trying to validate, to make sense of what I was experiencing. But I couldn't believe it. The atmosphere was cosmically festive, harmonious, with infinite potential for a transcendental change in consciousness. I'm convinced that I was in the midst of a peak experience in my life, and I still haven't managed to assimilate everything that took place; years from now I'll still be discovering the ways I was transformed. It's hard to sleep the night before the great birth. There are people who have been long awaiting the arrival of something, something that they can't name; at a certain point in life that nameless thing comes out to meet you, and it becomes absolutely familiar as it opens its arms and comes up to you, because it is an encounter. *Searching is not about finding, but about letting yourself be found.* I was a few hours away from being found, and that was keeping me awake.

I can remember the months before the Dialogue, even a year before. Coincidences are the way the Universe—that immanent God in the cosmic Whole—shows us a path with heart; they are magical invitations. The time will come when we stop thinking of coincidences as random events and start seeing them as divine gifts, and a gift is always free and at the same time part of something like a perfect plan. My own existence is an example: Holy Week, 2011, in Torreón. I'd spent days in silence. Casa Ñigo had helped me discover so many secrets of life and of myself, as I did the highly recommendable Spiritual Exercises. It was my turn for an interview with Father Luis, a great Jesuit from an Ignatian family with a sense of humor that is rare among priests of his age, but common among the soldiers of the Society. The conversation revolved around my likes, my dreams, my passions; the Tarahumara came up, the life system and sensitivity of the indigenous, spirituality and other things that have been beacons on my journey. The topic of interreligious dialogue came up, the fact that ever since I was little I've loved reading about religions, cultures, history; how I see myself as syncretic: sometimes I feel I'm too Catholic to be Buddhist, too new age to be Catholic, and too Buddhist to be new age. But I can't help but wonder, are these three positions really so separate that they can't co-exist? Luis listened to me carefully, as if my talk were familiar to him, a part of him, or at least he knew what I was talking about. He gave me the telephone number of a woman named Gabriela (Gaby), from Guadalajara, who works in interreligious dialogue. I felt excited, and had every reason to, because even though at that time I couldn't foresee the change that this telephone number would

bring to my life, I felt the consolation of the Good Spirit as I took the piece of paper that would lead me to this moment in which I make my feeble attempt to express what I experienced.

I went back home, and the first thing I did was contact Gaby. We arranged an appointment and met one afternoon at the Compostela Cultural Center, José María Vigil 1336, an address that I would not forget. We talked for a long time. I told her about my enthusiasm and interest in interreligious dialogue, and she explained how Carpe Diem Interfaith, the name of the organization she belonged to, was working for a world where we could all find a place. I found something that filled me with joy, with astonishment, and at that moment I realized that everything made all the sense in the world: in what could be called the dining room or living room of the Compostela Center, there's a round table. This is not a coincidence: it would be illogical to imagine a rectangular table at a dialogue among equals. There's also a piano and many pictures on the wall that allude to Jesus, our indigenous brothers and sisters, consciousness raising, and other such topics. For me, participating in the organization of the 2012 Universal Multicultural Dialogue "Human Crucible" was no coincidence. It was the destination that a certain path was leading to; a series of events in my life led me to that moment, to that peak experience that was to change my way of being in the world. The Dialogue was not limited to those five magical, wonderful days, because it began the moment I set off down that path.

Once before, in a workshop on Dionysiac experiences, I had come to realize many things. It was an almost complete transformation of my beliefs, of my way of living the world, and it was the first big step I took in a serious and coherent way down the path that I am now walking. That was when I succeeded in shaking off many restraints that kept me from flying, but only after making my way through a great darkness: coming out of the "Dionysiacs" I fell into one of the most severe depressions of my life, as a result of realizing that I wasn't free, that I was merely a being who had been highly conditioned by my upbringing and by values imposed onto me from outside. As Kierkegaard says, I looked into the abyss, and had no other option but to make a leap of faith, a blind leap into the absurd emptiness of belief... and I believed. It was a life-changing decision. I leaped into the loving current of the Universe, instead of trying to swim against it. Since then, wonderful things have happened. I returned to Compostela, this time to take a course in pragmatic meditation with Manuel. The course lasted almost two semesters, and I continued the de-structuring work that had begun in the Dionysiac experiences. It demanded effort and discipline, but like all great things in life, it was worth it. I decided to participate in the organization of the Multicultural Dialogue. My heart jumped for joy. "Get in touch with Inés," Gaby told me. I knew Inés already: we had competed and spent a lot of time together in Chapala, and to top it off, Inés is my aunt, even though we're the same age. I got in touch with her. What excited me the most was interviewing the different spiritual and religious communities in Guadalajara. My heart jumped even higher for joy.

For four month I interviewed many wonderful people. I met new people, full of wisdom, who shared the most sacred thing they had: their tradition. Buddhists, Bahá'ís, Shamans, Hindus, Hare Krishnas, Catholics, Jews, Protestants, a little of everything. I couldn't wait for the interview days to come, and my heart couldn't believe that I was really living this experience. Little by little I was being transformed. It was an inner change that was subtly taking place in me, and I didn't even realize until a person asked me in one of the interviews, "And what have you learned from all the interviews that you've conducted?" The question stopped me in my tracks, my mind started turning, and I searched for a logical answer, perhaps a piece of poetry, or a deep phrase. I remained silent for a few moments, my eyes looked around the meditation room. I saw images of

Jesus, staffs of authority, feathers, colors, snail shells and other sacred objects. “I’m transcending form and finding the foundation,” I answered. Ana Tere smiled at me; in the depths of my heart I know that that was the right answer, not because another answer would have been wrong, but because that was what was really happening inside of me.

The university took a back seat: all my energies were concentrated on these interviews and the learning they afforded me. A great teacher once told me, “Study, Elías. Study always in the many ways that there are to study.” I studied like never before during that experience. The days passed by, and little by little the long-awaited date drew near. Dressed in the sacred purple garments of the event, all of the volunteers in the service of dialogue and peace went forth to shout out the name of the spiritual celebration that was to take place in our city. The streets, the radio, television, newspapers and social networks bore witness to our strenuous work of bringing the invitation to as many people as possible. We were all interested; it’s something that I think concerns us all. I made new friendships, and also strengthened old ties. I invited many of my brothers and sisters who have walked the road with me, and many warriors of the light answered the call. We can all attest to their dedication and commitment before and during the event. The promotional work we did was intense: weekend after weekend, Saturday and Sunday, day and night dressed in purple calling out the name of the event. I spoke of the event before the entire Philosophy Department, just after being interviewed, together with Jorge and Eneyda, for the *Cruce* magazine at ITESO. I presented it to the ITESO student association in a room reserved for only the most outstanding students. We also created attractive packages for the general public. Something was appearing on the horizon. It’s hard to sleep on the eve of a great birth. But even though I slept little, I was ready. It had been months of preparation, even years of journeying to reach this moment. And there we were, Wednesday, August 29, 2012, Guadalajara, Jalisco, Mexico.

It was the second time I had visited the museum. Days earlier I had gone to see it, and felt a strange energy. Hours before the event got underway, the Museum of Archeology of Western Mexico needed cleansing. I seemed like an old tree that had witnessed much, far too much hatred and violence; there was a heaviness, an overwhelming gray atmosphere. When I arrived, I ran into Manuel, my pragmatic meditation teacher, together with a *marakame* and other people in a line, carrying out a cleansing ritual in the dark, old building. I joined them. If the energy I had felt was dark and old, when I opened channels to carry out the cleansing, a surge of feelings rose up in me: the place had been a seminary, and then a military headquarters. Lord knows what went on in that space, but the energy was clear enough. It was Mexico in miniature: its wounds and sufferings were concentrated there, and that’s what I felt as we filed into the library and I saw an encyclopedia of the history of Mexico. The atmosphere was suffocating, I couldn’t breathe, and only the strength of all of us together could cleanse and heal something like that. We finished the cleansing ritual, I put away my things (I had arrived in such a rush) and I got to work. We began just a few minutes behind schedule. The drum beat intensely, vibrating through the walls of the timeworn museum. The heart of each of us began to beat in time, and the feeling spread that something big was at hand.

Dancers from the ancient past, purifying the stage with divine, ancestral movements, their meaning lost and recovered generations before. Their feathers fluttered through space; hundreds of people had gathered in response to the call to a change of consciousness—fewer than hoped but more than I expected. It was the right number. The sound of the drum ushered in the guests of honor—government officials, representatives of the Parliament of Religions with its headquarters

in Chicago, and members of *Carpe Diem* walked up onto the stage one by one to take their places. One of our indigenous sisters, of the Purepecha people, of universal blood and voice, spoke first. She gave permission, expressed her emotion and gratitude, on her own behalf and on behalf of the indigenous of this earth... she gave permission, and then the deluge was on us. The tent was of no use: enormous hailstones tore through the plastic and water flowed freely everywhere. People ran and shouted, and the volunteers jumped into action with a mix of frustration and rapid response as we set about controlling the people and saving the electronic equipment. I spontaneously hugged a friend of mine and laughed, laughed for joy: this wasn't "bad luck" or cause for frustration. It was the necessary purification. Our cleansing ritual had not been enough: Tláloc himself had intervened to finish the purging of the premises. It was a beautiful spectacle, a display of humility in the midst of so much paraphernalia and superficiality with which we had surrounded ourselves. The message was that this event was to be simple, without so many flashing lights, without so many exterior things. The inauguration took place in an adjacent hall while a chorus of angel-like voices sang "En son de paz" ("In peace") with all their strength, without microphones and without background music, with just a natural amplifier and an unmatched symphony of rain and hail. The rain stopped—it hadn't lasted long, just enough. It had not rained all week, but the impact of the words of our Purepecha sister and the Aztec dances made the clouds want to attend our event as well, and they came in for all they were worth. We let them sing and dance—who can say no to *Pachamama*? She gave us a lesson in humility, and once it was over, the purple shirts ran to dry off the chairs, one at a time. The inauguration resumed in the main courtyard: the children sang, the young people sang, and at the end we began to take away the chairs to leave the courtyard open. The *Xipe Totec* dancers, with whom I have had the privilege to dance, did the most beautiful prayer: the dance of Quetzalcóatl. Many people had run from the museum when the rain came; nevertheless, the dance drew a crowd. We all took hands and shouted, "Eia eia a a a! Eia eia a a a!" Energy and ecstasy flowed through each one of the participants. We became a single feathered serpent dancing and flying over the Earth, purifying the building and the place where the event would truly take place, transforming the hearts of one and all. Day one came to an end, but not for the volunteers. I went to sleep at Compostela, along with Robert – who sleeps two or three hours a day at most but has more energy than the Sun itself—and with Mickey, a new friend and companion in this adventure. The cleansing, the shouting and the rain had taken their toll on me, and my throat started giving me trouble. During the entire event, my throat was killing me—it burned intensely, and the congestion and coughing didn't help matters. But that made no difference; or to be precise, it only served to heighten the experience.

Day Two dawned. A taxi would take us to the museum, where my real work would finally start. After having conducted the interviews prior to the event, I was in charge of rituals, and worked hard with Martha, a great teacher and friend who put in long hours with me; she was actually my boss, but she acted with the same humility and disposition to serve as any volunteer. My other workmate was Julia, whose support was vital. I had three rituals that Thursday morning: Nacho, from Yoga Devanand, would do an active meditation; Prem Garima would do an Osho-style meditation; and Evelia Padilla, together with *maestra* Susana, would do a ritual with five-thousand-year-old skulls, recently discovered in Mexica lands. The hour was not the best, and we were pained to have to cancel Prem Garima's meditation. He surprised me, however, with his kindness and understanding under the circumstances; instead of being annoyed and throwing my ineptitude and my mistakes back in my face, he gave me a hug and expressed his understanding for what I was going through... One of the many examples of kindness and elevated awareness that we witnessed at this event. At eleven o'clock I took a walk with Pedro Pablo, a grandfather

of the Mayan culture, to the public square outside the museum, where the kids from Preparatory School No. 1 come out to play and relax. I decided to do Pedro Pablo's ritual there, simply to bring this gift a little closer to the street. It was a success: a lot of people came out of the museum to take part in the ritual, and many of the high school kids joined in. With that my heart calmed down; I had felt a little nervous that it wouldn't work. I talked for a long time with this wonderful Mayan grandfather, and I felt appreciated by him. He recognized my work and I recognized his. I told him about my plans to travel through Latin America and he recommended places and cultures that I should visit. Every time I listened to these people whose lives are a real example – an example that I thought only existed in books or far away—I slowly realized the nature and magnitude of what I was experiencing. It was only the second day and I was on the brink of exhausting my reserves of energy. Every day of the Dialogue I arrived at seven in the morning and stayed until nine at night—fourteen hours of intense work. My intervention was actually required only at certain hours and in one area of the organization, but I was so in love with the event and with what I was experiencing that I helped out everywhere, moving chairs, plugging in equipment, providing support for the speakers, setting up book stands and food tables, etc. All the volunteers did the same thing: we all did a little of everything. The separate areas blended into a single coordinated body. The fatigue was evident on our faces, but also the joy and pleasure we felt. We treated the speakers and guests with warmth and affection as if we were all one big family. It was really the volunteers that made the event happen, and I don't mean just the young people: I'm including Jorge, Gaby, Lety, Abelardo, Martha Aidé, Magali, Guadalupe, Monique, Carlos and all the young at heart who spent long hours preparing this celebration and making it a reality. We were all volunteers; nobody was forced to work, and nobody was in it for money. Everything we did was from the heart, freely given for and with the World. This is what Ms. Hart had to say about the volunteers:

*I try to go to all interfaith events. I feel the need to put my efforts into ending religiously motivated violence. I came here not only to share our successes, but to learn from others so I can bring it back and better our work. This particular conference I feel was very special and groundbreaking. I felt elevated at this event, something I didn't expect. Most interfaith events are pretty much 'preaching to the choir.' We listen to poetic ways to express the need to get out there and do something, but we rarely hear how to do it, about the tools for doing it. But never in my life have I witnessed such a beautiful spirit of volunteerism as I have seen here, inside this cultural center, so pure and so consistent, so welcoming and warm and comforting. Seeing these young people gave me regained hope in humanity. I didn't get this from the speakers, because I have heard it all before, year after year, but I got it from the actions of the volunteers. To me, that was glaring: it's not our words; it's our actions. This is something I hope to take back with me over the border.*

Her words say it better than I ever could.

I had two more rituals on Thursday afternoon, one with Elizabeth Torres and another with Verónica Sacta. Verónica is married to a great teacher whose lecture was the only one I managed to hear in its entirety: Alberto Ruz Buenfil "Coyote." He re-awakened a dream in me, a longing for change and adventure, every time he told his stories about his journeys and his eco-villages; I fell in love with the project and felt a strong consolation seeing myself participating in it. His eyes conveyed peace and harmony, experience and wisdom. He called me a *neo-hippie*, which I take as a great honor considering what an exemplary hippie he was and is. From Day One I worked shoulder to shoulder with Chuy, who was in charge of the artistic side of the event. I came to respect and admire him in a huge way; in my opinion, he represents the essence of volunteerism, and it was a privilege to work at his side. The schedules were driving us crazy; there was so much work to do, and together with Robert, Ana Pau, Mariana, Potter, Inés, Moch, Sarah, Fabián, Ruelas and so many others, we spent the whole day, sunup to sundown, in the

museum, giving everything we had to give. The second night I spent at home; I took advantage of the fact that my parents were going to the workshop with Father Carrabús – a big success at the event – and I slept in my own bed. There’s nothing like sleeping in your own bed... My cold kept bothering me, but to be honest, that’s what I remember and cared about the least.

On Friday there were more rituals: in the morning I was with a Geshe who came with Mario, a representative of Mahayana Buddhism, a teacher who was to become a great friend. We meditated for a few minutes; the Geshe pointed to Potter and me as examples of posture. We remained still for a long time, and our legs went numb. The ritual was a success: many people attended and liked it. It reminded me of my love for Buddhism, everything that I had learned from it, and I again felt the joy of emptiness, of *Rigpa*. There weren’t really many talks or lectures that I could attend. Aside from Coyote’s, I listened for a moment to a panel with Jorge, Rabbi Joshua, a minister from the Anglican Church, a priest from the Catholic diocese and Ernesto, an expert in music. Jorge surprised everyone with his soccer metaphor, in which every player on the team represents a different tradition: the Catholic is the goalkeeper, the Buddhist plays midfield, the striker is from the Bahá’í faith, and so on. Jorge posed the following question: “If the Jew makes a bad pass to the Bahá’í, who then misses the shot, who loses the game?” The answer made a deep impression on all of us: “The whole team,” said a member of the audience. Correct answer. In the final analysis it doesn’t matter what our tradition is. The fact is we all play on the same team, competing in this world to make it a kinder, more compassionate place where love and peace reign. That’s the common goal, the goal that we all want to score. But we have to do it as a team knowing that it’s the only way. If one misses, we all miss; if one scores, we all score. I was also able to poke my head into lectures with the Geshe, with shamans, with scientists and philosophers like Fernando Malkún and Fraijó. Theory is easy to forget, and I can’t say that the learning that I took away from this event was theoretical or that I now knew my way around a lot of new books and thoughts. Real teaching and wisdom is interior, it is lived and acted, and as Ms. Hart says, that’s what we volunteers experienced: a gradual, inner, structural change. At eleven o’clock I had a ritual with Professor Akamazihuatl, a Náhuatl grandfather who guided us on a journey to our ancestors, forgotten by so many of us. Chuy and I also did a ritual with Manuel de Inkarri while everyone enjoyed their food. We asked for everyone’s attention, we stood up and held hands—about one hundred people who set aside their lunch to form a chain of love that lasted just a few minutes, but that filled us with beautiful sentiments.

In the afternoon, Jagannatha, who had become my friend and whom I have accompanied in several Hare Krishna chants, harmonized all of us in the consciousness of God and brought us together. I think it was a very moving ritual for all of us who participated. At the end everyone was invited to take a piece of the fruit that was used in the ritual. Jagannatha offered me the pineapple, the biggest fruit, saying, “It’s for your family.” Over all the days that the event lasted, we had countless experiences, one after another: dances, rituals, talks with speakers and among the volunteers ourselves. Sometimes I’d sneak off to the press room, which had the most comfortable chairs, to take a break by talking with Sarah or Moch, my sister and long-time traveling companion, a wonderful teacher and friend. I was so glad to see my whole family participating in the event, either in the workshop with Carrabús, or my sister as a volunteer for a few hours. Sharing what you love the most is a priceless experience; that’s what life is all about, that’s where vitality comes from. That same Friday I ran into a friend of mine, Ana Tere, from Lahak House, with whom I had gone on retreat after we became friends when I interviewed her. She had returned from Europe and was very eager to participate, so Chuy and I looked for a slot for her, and she was scheduled for Saturday afternoon. Another arrival on Friday was Sebastián, a



Quechua priest from Cusco, Peru. I formed a wonderful friendship with him and his companion, comadre and translator. It may be because of my love for Latin America or the fact that I'm about to make a spiritual journey to his homeland, but the connection and relationship that grew between us was profound and beautiful. During the lecture, Sebastián needed someone to man the stand where he sold woven bags, caps and bracelets. I offered to help him out; I had an hour off and felt like giving him a hand. In gratitude, his translator gave me a bracelet, a beautiful one that I still wear today in remembrance of what I experienced.

The nights were intense. There were artistic events like concerts, dances and singing. This was the time of the day – aside from eight in the morning— when there were the fewest people, so the volunteers had a chance to enjoy these concerts and dances. They were moments of catharsis, of letting loose, and having fun after long hours of hard work. I had a great talk with Moch, and a healing experience with Sarah, and it's because we had these experiences that the volunteers began to feel like a family.

Saturday arrived. At eight o'clock in the morning Sebastián had his ritual. We started a little late, but in the end everything worked out fine. Everyone present felt the force of his words in Quechua, and the energy he transmitted to us carried with it a profound ancestral respect and wisdom. When he finished, I ran to the second floor –the museum has three floors and we volunteers ran up and down about fifteen times a day. The dialogue tables started. On Thursday they had been canceled, but this time we were determined, even if we only succeeded in organizing one. Fortunately we managed to put together three tables, with a total of about thirty people. There were representatives from the Bahá'í faith, from the Mandála group, plus Carlos and many volunteers such as Paty, Cristian, Víctor, Romina, Fabián and Caro. The topic for discussion was “Spirituality with or without religion?” Diverse opinions were expressed, ranging from outright rejection of any organized religion to a fusion of spirituality and religion. People commented that spirituality is a fundamental human dimension, quite independent of religion, but that religion helps us exteriorize and live that spirituality in community. The topic went round and round, as might be expected; ideas about God were brought up, and about society, morality and ethics, a little of everything. It was an experience full of new knowledge and dialogue, which is the important thing. Everything was running a little late, and the volunteers' and organizers' nerves were stretched. I had to “telescope” three rituals: at two o'clock in the afternoon the Bahá'í faith led a prayer that gave me peace to continue working; at two thirty Rafa, from Tibet House, locked himself in Room 3 and directed a meditation that I couldn't attend, but those who went called it “magnificent.” And at three o'clock I experienced something entirely new: a Celtic ritual by Sofo. That ritual had a strong impact on me. I had never had contact with this tradition; it reminded me of my childhood, as if something of me came from that Celtic magic. In general, the whole event was running about fifteen minutes behind schedule, but at an event of that magnitude, fifteen minutes is nothing. Still, we all felt a little rushed. Ana Tere, from Lahak House, came in with her drums. We started late and had to cut it off early, but everything worked out fine. Naupari took the stage to give his lecture, and we all breathed a sigh of relief. What followed was the culmination of the event, when I realized what I had been experiencing, when tears were shed, when years and years of work were on the line.

Saturday night the whole museum came to a halt and the attention of all the participants, speakers and volunteers was concentrated on the central courtyard. It was the blessing ceremony. José Antonio, a great teacher whom I had just met at the event, and I were in charge of backstage operations. The speakers and representatives of the cultures and traditions took their place on the

stage: Sebastián, Ana Tere, Mario, Guadalupe, Susana, Evelia, Jorge, representatives of the Ecumenical Church, the Anglican Church, Pedro Pablo, Andras, Lauro (Peruvian shaman), Muslims, Jews and representatives of the Parliament of the World's Religions, one by one, in their own spiritual language, gave us their blessing. Drums sounded, holy water was poured on us, the wind and the Peruvians' bells moved us, the chants of the shamans and the Celts surrounded us, and the wise, poetic words enlightened us. It was at that moment that Jorge told us, "And may your faces always be beautiful and happy." That's the way it was and that's the way it will be, because the energy that came to us in each of the blessings will urge us on for the rest of our lives. Every time I feel I can't go on; that the struggle for justice, faith, peace and love is blocked and sabotaged by the corruption and suffering of this world; every time my strength flags or quits me entirely, the memory of that night will be with me, when a few gathered in representation of many. We gave everything we had for a common aspiration, the desire to live together, the desire of love. When the time came, Carlos spoke. I can't remember his exact words, because I was holding a sign with the Golden Rule: "Treat others as you would treat yourself." I held it high and with pride so that everyone could see it as we listened to Carlos, the director of *Carpe Diem* and father to us all. The applause was long, the longest I've ever heard in my life; people's hands and arms did not tire; we took our energy from the atmosphere, and everyone standing, with our feelings stuck in our throats ready to make us burst into tears, we applauded without knowing when it would stop. I can still hear the clapping of all those people, dreamers but realists, mystics but activists, peaceful but committed... We were one sound, one song, a mythical melody, a story, a legend. We lived a legend, a legend whose wind will continue to blow and motivate each and every one of us individually in our particular struggles for peace, and it will motivate us as a community to celebrate once again in two years' time. The date is set, the invitation has been sent out, the participants are dressed in their festive garments. It was something that knocked all of us out of our accustomed orbit; we made a quantum leap, had a peak experience, opened our eyes, awakened our consciousness. I couldn't help but feel it inside in the midst of all the work and rushing around. It was the most beautiful thing.

I returned home. My body couldn't take another step; the exhaustion and the sore throat were giving me chills. I thought I wouldn't be able to get out of bed the next day, the last day of the event. But I couldn't let that happen. Even if it meant ending up in the hospital on Monday, that Sunday I was going to live to the utmost. So I made a special concoction to drink and got into bed. I felt better the next morning, much better. It was the final stretch. At nine o'clock in the morning I had a ceremony, the five hundred candles with Tibet House. We had planned to do it in the public square outside the museum, but it was too windy. We moved it to the handball court, which turned out to be the best decision we could have made. We lit more than five hundred small candles; the heat was intense, but pleasant, like the warmth of a womb. Every time a candle was lit, a petition was made for someone or something, and three by three we took turns reciting mantras. The people really liked it, and in small groups they came up to light their candle and recite their mantra for a brief time. At the same time – the whole event was like this – there was a Hare Krishna chant. The circumstances threw us into a constant Kierkegaardian anxiety as we were forced to choose among countless possibilities of lectures, artistic events and rituals that competed for our attention. A teacher of mine called it the "Starbucks effect"—so many options, you end up pulling your hair out. I had the opportunity to experience both, and it was beautiful. I finished up the jobs that I had been assigned; each of the rituals and dialogue tables had worked out great. These were moments when the essence of the traditions could be felt – not just discussed. I chanted Hare Krishna, I meditated on Buddha, I danced like my indigenous ancestors, I drank from the sacred gourds of the Mayans, I greeted the four cardinal points like

the Nahuatl, I prayed with those of the Bahá'í faith, I recited mantras, I embraced *Pachamama* in the Quechua language, I joined my hands in a chain of love, I did active meditation and I connected with the gods of the Celtic north. And deep down, in each and every one of these rituals I experienced the same thing: peace and a feeling of transcendence and union with the All. A silent dialogue emerged from these rituals, as those who took part with me in the sacred ceremonies came to realize that while the forms may be different, it's the same thing we love. That answer that I gave to Ana Tere months before the event, my inner sense that was transcending form, took on a life of its own and now I realize, now I truly understand. I had finished my job, in theory, but the love was so strong that that I refused to leave until it was over. Chuy had been left practically alone; there were very few of us volunteers left, just Chuy, me and the photography team, which had worked from sunup to sundown every day and deserve a hearty applause. Together we pulled off the last day of the event, which after midday was all about artistic events. There weren't many people, but the few of us that were still there drank in everything. As one of the songs at the event said, "We're just a few hairs, but expertly combed." I hadn't eaten anything. I missed out on material food during those days, but spiritual food provides more energy and nutrition. Before going off to eat, I saw Sebastián putting his things away. I went up to him, embraced him, and asked for his blessing. He took out his bell, folded my hands in his and blew on them. He blessed me. I felt his energy, his love and his gratitude toward me and toward the event itself, but I was also infinitely grateful and my heart was beginning to feel the nostalgia of the end. As Che Guevara put it, "Farewells are divided between two sentiments: on the one hand a profound melancholy for the moments we've lived and the friends we've found, and on the other hand an immense joy for the moments to come." I miss that man, Sebastián, the Quechua sage... In the end he gave me another bracelet; on my left and right wrists I proudly wear his gifts so that they may give me strength and continue to remind me of my path and above all, remind me that I must follow my heart. We reached the end of the Multicultural Dialogue with a lump in our throat, and the event ended the same way it began, with a dance of our ancestors. Sebastián's translator congratulated me and thanked me for everything. Her thanks were also for all the other volunteers. And I had a very nice talk with Mario, from the Mahayana tradition. The event was ending, or was it just beginning? The end found us dancing, happy, fulfilled, with a sensation of profound change in our hearts. I went home; it wasn't so late. I went to bed early.

A few days have passed. It's been only a week since the end of the most transcendent event of my life. The fatigue is still there, as I had to return to the real world right away, to the everyday routine where we have hidden the magic, the magic that was so latent and so tangible in every event. We left the museum more cleansed than ever; every ritual, every drum, every snail shell, every dance step, every *om* in every meditation, served to purify that space, formerly so defiled and so sad. At the end, that Sunday, after Jorge had embraced me and congratulated me, all I could do was drop to the ground in the museum in reverence and express my intense thanks for everything I had encountered, which even today, even after this reflection, is still not completely clear and understandable to me. Why did this happen to me? What does it mean for the world and for my own journey? What comes next? Will I keep being the same? What awaits me, and what is expected of me? We can't experience something like this and go on living the same way. All of us who participated, in any way, in this transcendental experience have a commitment, as Carlos said in the blessing ceremony to enthusiastic applause. This means being witnesses to this fount of living water that was the 2012 Multicultural Dialogue. Just as Jesus sent his disciples out to preach the Good News by their example, so we were sent, because we were touched by grace. What we experienced was grace and a gift from God, the God of Life and of Love. We simply

can't go on being the same; this experience can't just pass us by. It can't just be something interesting I did once in my life. It has to be a social commitment. The path of the snail shell is inward and outward, the way of the spiral. We have to go out into the streets singing the holy name of love, and be lovers, partners, friends, children, parents, companions and citizens who bear witness to this dialogue. In the midst of so much diversity, we need to be witnesses to the fact that differences don't have to lead to violence. It's up to us to turn them into an occasion for union and communication. Let us give thanks to Life, "the only universal path." I'm sure that I'll never stop giving thanks for the 2012 Universal Multicultural Dialogue "Human Crucible." Thanks, and see you in 2014.